

PRÓLOGO DEL SIC ET NON DE PEDRO ABELARDO¹

Traducción: César Raña Dafonte

COMIENZO.- [1339A] Aunque entre la gran abundancia de expresiones incluso algunos dichos de los Santos parezcan no sólo distintos entre sí, sino también opuestos, no se ha de juzgar a la ligera acerca de aquellos por quienes el propio mundo ha de ser juzgado, según está escrito: «Juzgarán los santos a las naciones» (Sab. 3,8); y en otro lugar: «Y vosotros os sentaréis para juzgar» (Luc. 22, 30). No osemos denunciar como mentirosos o despreciar como equivocados a aquellos a quienes el Señor les dijo: «Quien os escucha, me escucha a mí; quien os desprecia, me desprecia a mí» (Luc. 10, 16). Por ello, teniendo en cuenta nuestra insuficiencia, consideremos que más bien nos falta a nosotros la agudeza para comprender, que les faltó la capacidad para escribir a quienes les ha dicho la misma Verdad: «No sois vosotros los que habláis, [1339B] sino el Espíritu de vuestro Padre es quien habla en vosotros» (Mat. 10, 20). ¿De qué admirarse, pues, si faltándonos el mismo Espíritu por quien han sido escritas y dictadas tales doctrinas, y también por el mismo inspiradas a los escritores, no seamos capaces de comprenderlos; a cuya comprensión nos obstaculiza, principalmente, el modo inusual de hablar y, muchas veces, una significación diversa de los términos, cuando una misma palabra se usa unas veces con un significado, y otras veces con otro? En efecto cada escritor, de la misma manera que es copioso en sus propias concepciones, también lo es en sus términos peculiares. Y como, según Tulio [Cicerón], la monotonía es la causa del aburrimiento, es decir, produce desagrado, es por tanto conveniente en el mismo discurso usar de distinta manera las palabras, y no manifestar todo con palabras vulgares y ordinarias; las cuales, según dice San Agustín, [1339C] se ocultan para que no se desprecien, y por ello son tanto más importantes, cuanto se investigan con más esfuerzo, y con más dificultad se buscan. También, con frecuencia, es conveniente seleccionar las palabras, teniendo en cuenta la composición del auditorio, dado que sucede a menudo que el significado propio de las palabras es desconocido para algunos, o poco usual. Porque si pretendemos hablarles para enseñar de modo conveniente, es más oportuno tener en cuenta lo usual entre los oyentes que estar preocupado por la significación propia de la palabra, según enseña el mismo príncipe de la gramática, Prisciano, maestro de la locución. También San Agustín, celosísimo doctor de la iglesia, prestando atención a esto, al instruir a un doctor eclesiástico, [1339D] en el *libro IV De Doctrina Christiana* nos advierte que omitamos todo lo que impide la comprensión de aquellos a quienes se habla, y que posterguemos tanto la belleza como el dominio de la expresión, si prescindiendo de ello, pudiese llegar más fácilmente a la comprensión; [1340A] según dice (Obs. Agust., III, p. I, pg. 73): «En este caso el que enseña no debe preocuparse con

1 Texto latino : J.-P. MIGNE, PL, vol. 178, cols. 1339A-1349C. Agradezco sinceramente a los profesores de Latín de la Fac. de Filología de Santiago, R. Baltar Veloso y E. Vázquez Buján, su ayuda inestimable. Al primero por la revisión y correcciones pertinentes de la presente traducción, al segundo por sus interesantes sugerencias.

El presente Prólogo constituye un precioso discurso sobre el método, así como sobre didáctica e interpretación de textos, elaborado en plena madurez del Autor (hacia 1122), con su agudeza y claridad características. Difícilmente se puede decir más y mejor con tanta brevedad.

cuánta elocuencia expone, sino con cuánta claridad. El deseo diligente de dar claridad al discurso descuida a veces las palabras más cultas, y no se preocupa de cuán bien suenen, sino de cuán bien declaren y expliquen lo que se intenta manifestar. Por eso dijo cierto autor al tratar de esta clase de locución, que hay en ella cierta diligente negligencia». En otro lugar insiste: «Entre los buenos maestros haya tanto cuidado de enseñar, que si alguna palabra por conservar su pureza latina resulta oscura o ambigua, y en el lenguaje del vulgo se dice de modo que se evita la ambigüedad y la oscuridad, prefieran más bien la forma con que la usan los no instruidos al modo con que la expresan los doctos. Pues si nuestros traductores no tuvieron reparo en traducir: *non congregabo conventicula eorum de sanguinibus* (Ps. 15, 4) («no congregaré o frecuentaré sus juntas de sangres»), porque juzgaron que hacía al caso se dijese en aquel sitio en plural [1340B] el nombre «sanguis», el cual en la lengua latina sólo se usa en singular, ¿por qué ha de pesar a un maestro de piedad que hablando a gente ruda diga «ossum», hueso, en lugar de «os», a fin de que no entienda que esta sílaba «os» es el singular de «ora» bocas, sino el de «ossa» huesos? Porque, ¿de qué sirve una exacta locución que no entiende el auditorio, siendo así que no hay motivo en absoluto para hablar cuando no entienden lo que hablamos aquellos a quienes hablamos para que nos entiendan? Luego el que enseña debe evitar todas aquellas palabras que no enseñan». Y también: «Es índole propia de los buenos ingenios amar la verdad en las palabras, mas no las palabras por sí mismas. ¿De qué sirve una llave de oro si con ella no se puede abrir lo que queremos? ¿Y qué nos da que sea de madera si con ella lo hacemos, cuando precisamente no buscamos otra cosa si no es abrir lo que está cerrado?».

¿Quién no aprecia qué arriesgado [1340C] sea emitir juicio acerca de la comprensión e inteligencia de otro, siendo así que a solo Dios están patentes los corazones y los pensamientos? El cual para apartarnos de tal osadía, nos dice: «No juzguéis y no seréis juzgados» (Luc. 6, 37). Y el Apóstol dice: «Nada juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará los escondrijos de las tinieblas y declarará los propósitos de los corazones» (1Cor. 4, 5); como si dijese claramente: En tales cuestiones encomendad el juicio a aquel, el cual solo conoce todas las cosas, y que también es escrutador de todos los pensamientos, acerca de lo cual, incluso sobre sus misterios ocultos, de modo alegórico está escrito del cordero pascual: «Si algo sobrase, consúmase con fuego» (Ex. 12, 10), es decir, si algo hay de los divinos misterios que no somos capaces de comprender, confiemos mejor que nos lo enseñe el Espíritu, por quien ha sido escrito, [1340D] que tratar de aclararlo a la ligera.

Esto también es conveniente tenerlo en cuenta diligentemente, para que (cuando algunas cosas de los dichos de los Santos nos ofrecen dificultades) no seamos engañados por una falsa inscripción del título o por corrupción de los escritos como [1341A] si fuesen contradictorias o ajenas a la verdad. Pues a muchos escritos apócrifos les pusieron un título sacado de los nombres de los Santos, para conferirles autoridad. Incluso algunos entre los propios escritos de los Testamentos Divinos, han sido corrompidos por defecto de los copistas. De ahí que Jerónimo escritor muy cuidadoso y traductor totalmente fiable, escribiéndole a Leta acerca de la educación de una hija, nos previno diciendo (Maur. IV, 569): «Guárdese de todo apócrifo; y si alguna vez quiere leerlos no para buscar una verdad doctrinal, sino para admirar la belleza literaria, sepa que no son de la autoría de aquellos con cuyos títulos se encabezan, y que es de gran sabiduría buscar oro en medio del barro». El mismo escritor acerca de la inscripción del título del Salmo 77, que es la siguiente: «Salmo de Asaf» [1341B], dice así: «Ha sido escrito según Mateo: Habiendo hablado Dios en parábolas y no siendo entendido, etc.; estas cosas fueron hechas para que se cumpliese lo escrito por el Profeta Isaías: Me expresaré en parábolas. Hasta hoy los Evangelios así se expresan. Pero esto no lo dice Isaías, sino Asaf». Por tanto, de la misma manera digamos simplemente, como ha sido escrito en Mateo y Juan, que el Señor ha sido crucificado a la hora sexta; en Marcos, en cambio, se dice a la hora tercia, lo que fue un error de los copistas, pues Marcos escribió a la

«hora sexta»; pero muchos por el signo griego pensaron que era una «gamma»,² como también fue error de los copistas cuando escribieron Isaías por Asaf. Sabemos, en efecto, que la iglesia se integró, con gran frecuencia, de miembros gentiles inexpertos. Por ello, cuando leían en el Evangelio [1341C]: «Para que se cumpliese lo escrito en el Profeta Asaf», aquel que primero copiaba el Evangelio, comenzó a decir: ¿Quién es este Profeta Asaf? No era conocido entre el pueblo. Y ¿qué hizo para corregir un error? cometió otro error. Digamos algo semejante sobre otro pasaje de Mateo (27, 9): «Retuvo las treinta monedas de plata del precio establecido, como está escrito en el Profeta Jeremías». Esto no lo encontramos de ninguna manera en Jeremías, sino en Zacarías; por tanto, como veis, este error es como el anterior. ¿Qué hay pues de admirable en que, si en los Evangelios hubo algunas alteraciones por ignorancia de los copistas, también las haya en los Escritos de los Padres, que gozan de una autoridad mucho menor? Por ello, si alguna cosa parece por casualidad incompatible [1341D] con la verdad en los escritos de los Santos, es justo y acorde con la humildad y un deber de caridad (la cual todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera y no sospecha fácilmente de defectos de aquellos a los que afecta) que creamos, o bien que no se tradujo ese pasaje de la Escritura adecuadamente, o que fue corrompido, o bien confesemos que nosotros no lo comprendemos.

Ni tampoco es de menos importancia, según pienso, si lo que dicen en sus escritos los Santos, después se retractaron de ello, y descubierta la verdad, lo corrigen posteriormente, como hizo en muchos puntos San Agustín; o si más bien exponen una opinión de otros, que su propio parecer [1342A], como en muchos puntos el Eclesiastés introduce pareceres discordantes de distintos autores, y por cierto se traduce por incitador (una voz estimulante),³ según atestigua Gregorio en el libro cuarto de los *Diálogos*; o bien han dejado sin resolver cuestiones al investigarlas, más bien que rematarlas con claridad, como el citado doctor venerable Agustín manifiesta haber hecho en su obra *Sobre el Génesis a la letra*, así, haciendo alusión a esta obra en el libro primero de sus *Retractaciones* (Maur. I, 28), dice: «En aquella obra han sido planteados más problemas que soluciones, y pocas explicaciones son firmes, pero las demás cuestiones son planteadas para que se sigan investigando». También por el testimonio de San Jerónimo sabemos que esto fue habitual entre los doctores católicos, el que insertaran en sus comentarios con sus doctrinas también algunas opiniones totalmente rechazables de los herejes, cuando, poniendo empeño para un rigor estricto [1342B], se congratulan de no haber omitido nada de los antiguos. De ahí que contestándole a San Agustín, que le había consultado sobre la aclaración de un pasaje de la Carta de Pablo a los Gálatas, le dice (S. Jerónimo IV, 618): «Preguntas por qué he dicho (en los comentarios de la Carta del apóstol Pablo a los Gálatas) que Pablo no pudo reprender en Pedro aquello que él mismo había hecho. Y aseguras que la rivalidad apostólica no fue formal, sino verdadera, y que yo no debo enseñar la mentira. Respondo que tu prudencia debería haber recordado el prólogo de mis *Comentarios* pues, sabedor de la debilidad de mis fuerzas, he seguido los *Comentarios* de Orígenes. Aquel insigne varón escribió volúmenes sobre la Epístola de Pablo a los Gálatas; omito a Dídimo, obispo mío, y Apolinar de Laodicea [1342C], poco ha alejado de la Iglesia, y Alejandro, el viejo hereje, los cuales también han dejado algunos comentarios sobre esta cuestión. He leído todas estas cosas, y, acumulándose muchas en mi memoria, llamando a un amanuense, dicté tanto mis opiniones como las ajenas». También: «Era propio de tu sabiduría investigar si lo que escribimos se hallaba en los Griegos; porque, si ellos no lo habían dicho, entonces condenarías con propiedad mi opinión, especialmente, al confesar yo de buen grado en el prefacio que he seguido los *Comentarios* de Orígenes, y que dicté mis opiniones y las ajenas para dejar a juicio del lector si han de ser aprobadas o rechazadas». De igual modo, no dudamos que San Hi-

2 Tomaron la 6ª letra del alfabeto griego por la 3ª.

3 Me inclino por esta traducción de «tumultuador», ya que se trata de una alusión a «cohelet», término hebreo traducido al griego por «ekklasiastés», que significa «el que tiene un papel relevante en una asamblea».

lario y otros Santos [1342D] han entreverado en sus escritos muchas opiniones del propio Orígenes y de otros herejes, presentándonos más bien opiniones de otros que su propia doctrina; lo cual en adelante, sin embargo, llegó a nosotros no tanto por ellos mismos como por otros. Por ello, también el antedicho doctor Jerónimo, disculpándose ante el presbítero Vigilancio, que a veces consignase o transcribiese palabras de Orígenes, dice: «Si esto es un delito, sea acusado el confesor Hilario, que transcribió de los libros de aquel la traducción de los salmos y las homilías sobre Job» (IV, 276). En donde, pues, encontremos algunas cosas no conformes con la verdad, o contrarias a los escritos de otros Santos, se han de atribuir más bien a Orígenes que a Hilario, aunque el mismo Hilario no nos aclare esto: [1343A] qué es aquello, que el primer Salmo se esfuerza en añadir, que no ha de ser entendido sobre la cabeza [Cristo], sino en general de cualquier otro justo. Lo cual escribió también el propio Jerónimo en un comentario a algunos salmos, siguiendo igualmente a Orígenes. No cabe duda, según su propio testimonio, que incluso quizás el mismo Orígenes ha dicho algunas cosas confundidas con graves errores, según la opinión de otros. De ahí que Jerónimo escribiéndole al presbítero Avito, y consignando abundantes errores, que Orígenes expuso en sus libros *Sobre los principios*, así se manifestó acerca del propio Orígenes: «Después de tan impía discusión, con la que hirió la inteligencia del lector, estas cosas según nuestra opinión no son dogmas, sino cuestiones e hipótesis, para que no [1343B] pareciese que eran totalmente indiscutibles» (IV, 763). Así también el propio Jerónimo ha dicho antes que con frecuencia dictaba sus opiniones y las ajenas, dejando al juicio del lector si habían de ser aceptadas o rechazadas. Asimismo San Agustín, volviendo a tratar y corrigiendo muchas cosas de sus propios escritos, manifiesta que consignó muchos puntos, más bien siguiendo opiniones ajenas que su propio parecer. Incluso en el Evangelio parece que algunas cosas se dicen, según la opinión de los hombres más que según la verdad de las cosas; como cuando José es llamado también padre de Cristo por la madre del mismo Señor, según la creencia y costumbre vulgar, hablando de la siguiente manera: «Yo y tu padre te buscábamos preocupados» (Lc. 2, 48). Y, según se percibe por la vista, a veces decimos que el cielo está estrellado, [1343C] otras que no; a veces que el sol calienta, otras veces que nada en absoluto; o a veces que la luna brilla más o menos, otras veces que de ninguna manera brilla, siendo así, sin embargo, que permanecen estas cosas siempre igual a perpetuidad, aunque a nosotros no siempre se nos manifiesten igual. Incluso el Apóstol, habiendo seguido en muchas ocasiones las palabras de los calumniadores, no se avergüenza de manifestar acerca de él mismo algo distinto a lo que piensa ser: «Nosotros necios por Cristo, vosotros, sin embargo, prudentes en Cristo» (1Cor. IV, 10). También el mismo Apóstol dice de Melquisedec que carece de padre y de madre, y ascendientes, ni tiene principio en sus días ni final; porque se oculta a nuestro conocimiento todo esto que la Escritura no enseña; no porque realmente sea esto verdad. También se dice que Samuel se había aparecido [1343D] a la pitonisa en fantasma, no tanto según la verdad como según la apariencia, lo que engendraba una opinión falsa para los que miraban. Pues, como recuerda San Agustín, aquel fantasma se llamó Samuel, porque mostraba una semejanza de Samuel, como también alguien dice que ha visto Roma en sueños, porque en su mente forjó esta representación.

Los escritos poéticos o filosóficos también describen muchas cosas según la estimación, como si fuesen verdaderas, que sin embargo es claro que son totalmente ajenas a la verdad. De ahí, aquello de Ovidio (*Art. Am.*, I, 350):

«La miés más abundante está siempre en campos ajenos,
Y el rebaño vecino tiene mayor fecundidad».

[1344A]. También Boecio en el libro IV sobre los *Tópicos*, cuando denomina al accidente y a la sustancia como los dos primeros géneros de las cosas, atiende más a la estimación que a la verdad. Pero, que también los filósofos exponían muchos temas según la opinión de otros, más que según su propia visión, Tulio [Cicerón] en el libro II *De Officiis* lo dice abiertamente con estas palabras: «La justicia sin la prudencia tiene bastante autoridad, pero la prudencia sin la justicia no sirve para obtener la confianza. Cuanto más versátil y astuto es uno, más odiado

y sospechoso resulta, si no es considerado como un hombre honesto. Por lo cual la justicia unida a la inteligencia tendrá toda la fuerza que quiera para inspirar confianza. La justicia sin la prudencia tendrá mucha más fuerza; la prudencia sin la justicia, ninguna. [1344B] Para que nadie se admire de que, siendo opinión general de los filósofos y habiendo afirmado yo muchas veces en mis tratados filosóficos que quien tiene una virtud las posee todas, venga yo ahora a separarlas de forma que pueda ser justo uno que no es prudente: una cosa es la precisión científica que se usa cuando en la investigación filosófica se estudia con todo esmero la verdad en abstracto, y otra cuando la exposición se acomoda a la opinión vulgar. Por lo tanto, yo hablo ahora como el vulgo, de forma que digo que unos hombres son fuertes, otros buenos y otros prudentes. Y puesto que ahora hablo de la opinión popular debo recurrir a palabras y expresiones vulgares». Finalmente, el uso del lenguaje cotidiano es según la percepción de los sentidos corporales y así se denominan muchas cosas de modo distinto a lo que realmente son. Pues, no habiendo lugar alguno en todo el mundo totalmente vacío, que no tenga o aire o algún cuerpo, sin embargo decimos que un arca está totalmente vacía, cuando en ella [1344C] no percibimos nada con la vista. Quien considera las cosas según los aspectos visibles, unas veces dice que el cielo está estrellado, otras que no, y unas veces que el sol calienta, otras que nada en absoluto; o unas veces que la luna brilla más o menos; cuando, sin embargo, estas cosas son siempre iguales en su ser, las cuales no siempre se nos muestran de la misma manera. ¿Por qué, pues, nos admiramos de que también los Santos Padres hayan dicho o escrito algunas cosas según la opinión, más que según la verdad? Así, cuando acerca del mismo tema se dicen cosas diversas, se ha de analizar diligentemente: qué se pretende para la firmeza de un precepto, qué para la disminución del perdón o qué para la exhortación de la perfección; a fin de que, según la diversidad de intenciones, encontremos [1344D] la solución de la dificultad; y, si es un mandato, aclarar si es general o particular, esto es, si está dirigido a todos en general, o a algunos en especial. Se han de aclarar también el tiempo y las causas de una concesión, porque, con frecuencia, lo que se permite en un tiempo, se ve prohibido en otro; y lo que, unas veces se establece con rigor, otras se atenúa por una concesión. Estas cosas, pues, es necesario distinguirlas con máximo esmero en las disposiciones de los decretos o cánones eclesiásticos. En efecto, se encontrará una sencilla solución de muchas controversias, si podemos aclarar que las mismas palabras son utilizadas por diversos autores con significaciones distintas.

De todas las maneras citadas [1345A] un lector cuidadoso intentará resolver las controversias en los escritos de los Santos. Y si, por ventura, todavía la controversia es notoria, de forma que con ninguna razón puede solucionarse, han de ser consultadas las autoridades, y la que aporta un testimonio de más relieve y de mayor garantía se ha de seguir preferentemente. De ahí aquello que le dice Isidoro al obispo Massion: «Para final, pues, de la carta he considerado que debía de advertirte esto: que siempre que se encuentre en las actas de los concilios una sentencia discordante, se sostenga preferentemente la opinión de aquel, cuya autoridad es más antigua y de más garantía». En efecto, consta que, incluso, los mismos profetas cuando quiera que les faltaba el don de profecía, al estar convencidos de que gozaban del espíritu de profecía, por su propia iniciativa han proferido algunas cosas falsas, por la costumbre de profetizar; y esto les ha sido permitido para defensa de la humildad, es decir, para que así conociesen con más claridad [1345B] lo que se debía a la inspiración divina, y lo que a sí mismos, y que cuando tienen el don de no engañar ni engañarse, lo tienen por gracia. Cuando se recibe este espíritu, así como no concede todos los dones a uno solo, de la misma manera no ilumina acerca de todas las cosas la mente de aquel a quien llena, sino que unas veces revela lo uno, y otras veces lo otro, y cuando manifiesta lo uno, oculta lo otro. Y esto San Gregorio, en la primera homilía sobre Ezequiel, lo manifiesta con ejemplos claros: que el mismo príncipe de los apóstoles, que brillaba por tantos dones de la gracia divina y por milagros, después también de aquella especial efusión prometida del Espíritu Santo, que enseña toda verdad a sus discípulos, todavía caído en el error de la circuncisión y en la observancia de ciertos ritos antiguos, habiendo sido corregido públicamente con rigor y provecho [1345C] por su coapóstol

Pablo, no se avergonzó de abandonar tal perniciosa controversia. Así pues, ¿qué tiene esto de admirable, siendo así que consta que incluso los mismos profetas y apóstoles no han estado totalmente exentos de error, si en los múltiples escritos de los Santos Padres algunas cosas parece que han sido dichas o escritas erróneamente, por la causa establecida anteriormente? Mas, no es lógico acusar a los Santos, como culpables de mentira, si juzgan, a veces, algunas cosas de manera distinta a como son en la realidad, no por engaño, sino por ignorancia; ni se ha de imputar como osadía y pecado, todo lo que se realiza por caridad para instrucción, dado que a los ojos de Dios consta que todas las cosas son examinadas según la intención, como está escrito: «Si tu ojo estuviese sano, [1345D] todo tu cuerpo estará iluminado» (Mat. 6, 22). De ahí, aquello que dice San Agustín, hablando de la disciplina eclesiástica: «Ten caridad y haz lo que quieras», y en *Sobre la Epístola de Juan*: «Quien no tiene caridad, no viene de Dios; ten lo que quieres; a no ser que tengas esto solo, nada te es provechoso; si no tienes otras cosas, ten esto y has cumplido la ley». En otro lugar: «Por tanto, de una vez por todas se te impone este breve mandato: ama, y haz lo que quieras». También en *De Doctrina Christiana*, libro I, dice (Maur. III, p. I, p. 17): «El que juzga haber entendido las divinas Escrituras o alguna parte de ellas, y con esta inteligencia no edifica este doble amor de [1346A] Dios y del prójimo, aún no las entendió. Pero quien hubiera deducido de ellas una sentencia útil para edificar la doble caridad, aunque no diga lo que se demuestra haber sentido en aquel pasaje el que la escribió, ni se engaña con perjuicio, ni en absoluto miente. Puesto que en el que miente hay intención de decir lo que es falso». Y el mismo autor en *Contra la mentira* (IV, 464): «La mentira es una falsa manifestación de palabra con intención de engañar». Del mismo en el *Enchiridio* (VI, 202, cap. 23): «Nadie ciertamente ha de ser considerado mentiroso, si dice algo falso que considera ser verdadero; porque, en cuanto depende de él, no engaña, sino que es engañado. Del mismo modo, no ha de ser acusado de mentira, sino, tal vez, de ligereza, quien asumiendo falsedades incautamente, las tiene por verdaderas. Por el contrario, más bien miente quien dice la verdad, pero piensa que es falso, pues en lo que a su juicio [1346B] se refiere, porque no dice lo que piensa no dice la verdad, aunque resulte verdadero lo que dice, ni en modo alguno está libre de mentira quien de palabra dice lo verdadero sin saberlo, pero miente conscientemente por la intención». Y también: «Todo el que miente habla contra lo que piensa en su mente, con intención de engañar». El mismo autor en *Sobre los Evangelios* (lib. I, VI, 461): «Lo que, pues, hizo Jacob por orden de su madre, para que pareciese que engañaba al padre, si se considera atentamente, no es una mentira, sino un misterio». Pues una significación veraz de ninguna manera puede llamarse mentira rectamente. El doctor espiritual ciertamente en este lugar sólo habla de la mentira como pecado, lo cual es más según la intención del que habla, que según el significado de las palabras. El Señor, que escudriña el corazón y los riñones, compensa atendiendo no tanto a las cosas que se hacen, cuanto a la intención con que se hacen [1346C]. De lo cual ciertamente está libre quienquiera que juzga sinceramente y no habla fraudulentamente con doblez, según esto que sigue y está escrito: «El que anda en integridad anda seguro» (Prov. 10, 9). De no ser así, también el Apóstol Pablo debía de ser acusado de mentira, el cual teniendo en cuenta su apreciación más que la verdad de la cosa, escribe a los Romanos (15, 28): «Así que termine esto, cuando les haya entregado la colecta recogida, iré a España, pasando por ahí». De modo que, una cosa es mentir, otra es equivocarse al hablar y apartarse de la verdad de las palabras por error y no por malicia. Y si, por caso, también Dios permite que le suceda esto a los mismos Santos, como dijimos, ciertamente en cosas que no van en detrimento de la fe, ni tampoco les sucede esto infructuosamente [1346D] a los que todas las cosas cooperan al bien; incluso los mismos doctores eclesiásticos reflexionando esto diligentemente, y considerando que debían de corregir algunas cosas en sus propias obras, le concedieron a sus sucesores licencia para corregir o no seguir, si algunas cosas ellos no pudieron retractarlas o corregirlas. De ahí que el citado doctor, Agustín, en el libro de las *Retractaciones*, dice: «Está escrito, en el hablar mucho no falta el pecado» (Prov. 10, 19). También el Apóstol Santiago, dice, (1, 19): «Todo hombre debe ser pronto para escuchar, pero lento para hablar». Y también:

«Todos faltamos de muchas maneras. Si uno no falta en las palabras, es un hombre perfecto» (Sant., 3, 2) [1347A]. Ni ahora me atribuyo esta perfección, siendo anciano, cuánto menos cuando empecé a escribir, siendo joven». El mismo Agustín en el prólogo al libro III *De Trinitate*: «No te sometas a mis escritos cual si fueran las Escrituras canónicas, en éstas cree sin vacilar si comprendes ahora lo que antes ignorabas; en aquéllas suspende tu juicio, a no ser que lo incierto pase a ser en ti certeza». El mismo en el libro II a Vincentio Victor (Maur. I, 2): «No puedo ni debo negar, que, igual que en mis costumbres, también en mis opúsculos, hay muchas cosas que pueden ser rechazadas con un análisis justo y sin ninguna temeridad». También, en la Carta a Vincentio Victor: «Hermano, no te dediques a recoger falsedades en los escritos de los obispos (o en los nuestros), o en Hilario, Cipriano o Agripino en contra de tan claros testimonios divinos; porque este género de escritos ha de ser distinguido de la autoridad canónica. [1347B] Los mencionados autores no se alegan como testimonios a los cuales no sea lícito oponerse, si es que quizá se apartaron en algo de la verdad». También, a *Fortunaciano*: «Ni las disquisiciones de quienes quiera que sean, aunque sean de varones católicos y de prestigio, debemos de considerarlas como las Escrituras Canónicas, de manera que no nos sea lícito, salvada la honorabilidad debida a tales hombres, criticar y rechazar algo en sus escritos, si tal vez encontramos que establecieron algo que no sea verdadero. Yo soy tal con los escritos de otros, cual deseo que sean mis lectores con los míos». El mismo *Contra Fausto*, lib. I, cap. 11 (VIII, 222): «¡Esté lejos de nosotros el decir que Pablo alguna vez se ha equivocado y que [1347C] habiendo progresado ha cambiado su parecer! Pues, puede decirse de aquellos libros que algo tienen que no es adecuado, cuando son escritos por nosotros no con la autoridad del que ha de mandar, sino por el ejercicio del que debe de progresar». También: «nosotros somos de aquellos a quienes el mismo Apóstol dice: «Y si alguna cosa sentís de otra manera, Dios os iluminará a este propósito» (Filip., 3, 15)». Tal clase de escritos ha de ser leída no con la obligación de aceptarlos, sino con la libertad de juzgarlos.

Pero, para este género de escritos, es provechosísimo el estudio sobre la lengua y el estilo para que no fuese eliminado ningún pasaje y no se les prohibiese a los que vienen después el tratar y dedicarse al análisis de las cuestiones difíciles; la excelencia de la autoridad canónica del Antiguo y Nuevo Testamento es distinta de la de los libros de otros autores posteriores. Allí si algo se presenta como si fuese un absurdo, no se puede decir: El autor de este libro no sostuvo la verdad, sino o que el códice tiene una errata, o que el traductor se equivocó, o que tú no [1347D] lo entiendes. Pero en las obras de los posteriores que se contienen en innumerables volúmenes, si se considera que, tal vez, se apartan de la verdad, puesto que no se comprende cómo han sido dichas; sin embargo en estos casos el lector u oyente goza de libre juicio para o aprobar lo que considera aceptable, o para rechazar lo que desagrada; y por ello todas las cosas de esta índole, a no ser que una razón firme, o aquella canónica autoridad defienda, de forma que se demuestre o bien que así es sin duda, o bien pudiese ser, lo que allí está discutido o narrado; si a alguien no le agradase, o no quisiese creerlo, no ha de ser censurado. Por ello afirma que las Escrituras Canónicas del Antiguo y Nuevo Testamento [1348A] son documentos, en los cuales decir que algo no es verdadero es herético. El mismo S. Agustín acerca de tales Escrituras, recuerda en la Carta cuarta a Jerónimo: «También en la exposición de la epístola de Pablo a los Gálatas hallamos algo que nos causó harta extrañeza. Pues, si en las Escrituras Santas se admiten mentiras de conveniencia, ¿qué autoridad mantendrán? ¿Qué testimonio podrá aducirse de esas Escrituras? ¿Con qué peso se aplastará una objeción maliciosa de una falsedad?». El mismo autor, al mismo destinatario, sobre las mismas Escrituras: «Me parece funestísimo que se acepte que hay alguna falsedad en los Libros Sagrados, es decir, que aquellos hombres, por los cuales aquella Escritura nos ha sido suministrada y escrita, nos hayan mentido algo en sus libros. Pues, si se admite por una vez alguna mentira de conveniencia en tal [1348B] cumbre de autoridad, no quedaría en pie ni una mínima parte de tales libros que, como perniciosísima, no se atribuyera a la decisión y conveniencia de la mente del autor (según le parezca a cada uno), sobre todo si es algo difícil en relación con las costumbres, o bien re-

sulta increíble para la fe». También San Jerónimo, al anteponer entre los doctores eclesiásticos unos a otros, nos aconsejó que debíamos de leerlos de tal manera, que más bien hemos de analizarlos críticamente que seguirlos. De ahí aquel consejo suyo a Leta, sobre la educación de su hija: «Tenga a disposición siempre las obras de Cipriano; recorra sin tropiezo las obras de Atanasio y el libro de Hilario; deléitese con los discursos y con las agudezas de aquellos, en cuyos libros no vacila la veneración de la fe; otros autores léelos de manera que más bien los critique [1348C] que los sigas». Él mismo autor, sobre el Salmo 81, casi quitándole la autoridad a estos todos, dice: «El Señor narrará en la escritura de los pueblos y los príncipes que estuvieron en ella. No dijo, que están en ella, sino que estuvieron. No sólo de los pueblos, sino que dice también de los príncipes; ¿Y qué príncipes? Los que fueron. Por tanto ved cómo la Escritura Santa está repleta de misterios. Leemos al Apóstol que dice: «¿Acaso buscáis prueba de Aquel que habla por mí, Cristo?» (2 Cor.13, 3). Lo que dice Pablo, lo dice Cristo (quien os recibe a vosotros me recibe a mí [Luc. 9]) en las escrituras de los príncipes, en la escritura de los pueblos, que está escrita para todos los pueblos. Mirad lo que dice: que fueron, no que son, para que, exceptuados los apóstoles, todo lo que se diga después, sea suprimido, no tenga autoridad en el futuro [1348D]. Por tanto, aunque alguien sea santo después de los apóstoles, aunque sea elocuente, no tenga autoridad». Dice Jerónimo a Vigilancio: «Quienquiera que lee opúsculos de muchos autores, debe de ser como un cambista experto, de forma que si alguna moneda es falsa (y no tiene la figura del César, ni tiene el sello de la moneda oficial), rechácese; y la que muestra el rostro de Cristo con toda nitidez, sea guardada en la bolsa del corazón». Por tanto, no ha de darse por sentada la opinión expuesta por un doctor, sino la razón de su doctrina, según está escrito: «Examinadlo todo, y recoged lo que es bueno» (1 Tes. 5, 21). Todo esto, sin embargo, ha sido dicho acerca de los intérpretes, no acerca de las Escrituras Canónicas, a las que es lógico prestar un crédito inquebrantable [1349A]. El mismo autor a Paulino sobre los santos doctores, a propósito de aquella frase: «El hombre bueno del buen tesoro de su corazón [saca lo bueno]» (Mat. 12, 35). Me abstengo acerca de los demás, tanto muertos, como todavía vivos, sobre los cuales después de nosotros, otros juzgarán para bien o para mal.

Así pues, una vez probadas todas estas cosas, según hemos establecido, nos parece oportuno recoger distintas sentencias de los Santos Padres, cuando se muestren a nuestra memoria y consideremos que presentan alguna contradicción, y establecer una investigación, que inciten al máximo a los jóvenes lectores para el ejercicio de investigar la verdad, y por la práctica investigadora se hagan más ingeniosos. Esta es, sin duda, la primera llave de la sabiduría; a saber, la frecuente y constante búsqueda, la cual para que haya de ser asumida con todo el afán, Aristóteles, el filósofo más perspicaz de todos, cuando habla del predicamento «ad ali-quid» [la relación], exhorta a los estudiosos [1349B], diciendo: «Sin duda es difícil expresarse de una manera adecuada, acerca de temas de esta naturaleza, a no ser que sean tratados a fondo con asiduidad. Así, pues, no será inútil dudar acerca de cada cosa». Pues por la duda llegamos a la investigación; e investigando descubrimos la verdad; según lo cual la misma Verdad afirma: «Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá» (Mat. 7, 7). Incluso para enseñarnos prácticamente estas cosas con su propio ejemplo, cuando tenía unos 12 años de edad, Jesús tuvo a bien que lo encontraran sentado con los doctores y discutiendo con ellos, para mostrarnos el ejemplo de un discípulo que pregunta, más que el de un maestro que expone; teniendo en cuenta, sin embargo, que en Él reside la misma plena y perfecta sabiduría de Dios. Cuando, pues, se introducen algunos testimonios de las Escrituras, tanto más estimulan al lector y lo incitan [1349C] a buscar la verdad, cuanto más se resalta la autoridad de la propia Escritura. De ahí que, nos pareció oportuno mencionar el célebre decreto del Papa Gelasio sobre los libros auténticos, para que se conozca que nosotros nada introducimos aquí de los apócrifos en esta obra nuestra, en la que recopilamos en un solo volumen sentencias recogidas de las obras de los Santos. Añadimos también extractos de las *Retractaciones* de San Agustín, por los cuales se aprecie que aquí no se recoge nada de lo que él mismo corrigió, al cambiar de opinión.- TERMINA EL PRÓLOGO

**INCIPI PROLOGUS PETRI ABAELARDI IN SIC ET NON
(J.-P. MIGNE, PL, VOL.178, COLS., 1339A-1349C)**

[1339A] Cum in tanta verborum multitudine nonnulla etiam sanctorum dicta non solum ab invicem diversa, verum etiam invicem adversa videantur, non est temere de his iudicandum, per quos mundus ipse iudicandus est, sicut scriptum est: *Judicabunt sancti nationes* (Sap. III); et iterum: *Sedebitis et vos iudicantes* (Luc. XXII); nec tanquam mendaces eos arguere aut tanquam erroneos contemnere praesumamus, quibus a Domino dictum est: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit* (Luc. X). Ad nostram itaque recurrentes imbecillitatem nobis potius gratiam intelligendo deesse quam eis scribendo defuisse credamus, quibus ab ipsa dictum est *Veritate*: Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis [1339B] (Math. X). Quid itaque mirum, si, absente nobis Spiritu ipso, per quem ea et scripta sunt et dicta atque ipso quoque scriptoribus intimata, ipsorum nobis desit intelligentia, ad quam nos maxime pervenire impedit inusitatus locutionis modus ac plerumque earumdem vocum significatio diversa, cum modo in hac, modo in illa significatione vox eadem sit posita? Quippe quemadmodum in sensu suo, ita et in verbis suis unusquisque abundat. Et cum juxta Tullium in omnibus identitas mater sit satietatis, id est fastidium generet, oportet in eadem quoque re verba ipsa variare, nec omnia vulgaribus et communibus denudare verbis; quae, ut ait beatus Augustinus, ob hoc teguntur, ne vilescant, et eo amplius sunt gratiora [1339C], quo sunt majore studio investigata et difficiliora conquisita. Saepe etiam, pro diversitate eorum quibus loquimur, verba commutari oportet; cum frequenter eveniat ut verborum propria significatio nonnullis sit incognita aut minus usitata. Quibus quidem si ad doctrinam, ut oportet, loqui volumus, magis eorum usus quam proprietates sermonis aemulandus est, sicut et ipse grammaticae princeps et locutionum instructor Priscianus edocet. Quod etiam diligentissimus Ecclesiae doctor beatus attendens Augustinus, cum in quarto De doctrina Christiana ecclesiasticum instrueret doctorem, omnia illum quae intelligentiam praepediunt eorum quibus loquitur, praeterire admonet, et tam [1339D] ornatum quam proprietatem sermonis contemnere, si absque istis ad intelligentiam facilius poterit pervenire, [1340A] non curante (Opp. Aug. III, p. I, pag. 73), inquit, illo, qui docet, quanta eloquentia doceat, sed quanta evidentia. Diligens appetitus aliquando negligit verba cultiora. Unde ait quidam, cum de tali genere locutionis ageret, esse in ea quamdam diligentem negligentiam. Item: In bonis doctoribus tanta docendi cura sit, ut verbum, quod, nisi obscurum sit vel ambiguum, Latinum esse non potest, vulgi autem more, sicut dicitur, ut ambiguitas obscuritasque vitetur, non sic dicatur, ut a doctis, sed potius ut ab indoctis dici solet. Si enim non piguit dicere interpretes nostros de sanguinibus, quoniam senserunt ad rem pertinere, ut eo loco pluraliter enuntietur hoc nomen, quod in Latina lingua singulariter tantummodo dicitur; cur pietatis doctorem [1340B] pigeat imperitius loquentem ossum potius quam os dicere, ne ista syllaba non ab eo quod sunt ossa, sed ab eo quod sunt ora intelligitur? Quid enim prodest locutionis integritas, quam non sequitur intellectus audientis, cum loquendi omnino nulla sit causa, si quod loquimur non intelligunt propter quos, ut intelligant, loquimur? Qui ergo docet, vitabit verba omnia, quae non docent. Item: Insignis est indolis in verbis verum amare, non verba. Quid enim prodest clavis aurea, si aperire quod volumus non potest? aut quid obest lignea, si hoc potest, quando nihil quaerimus nisi patere quod clausum est?

Quam sit etiam temerarium de sensu et intelligentia alterius alterum iudicare, quis non videat? cum soli Deo corda et cogitationes pateant, qui nos [1340C] etiam ab hac praesumptione revocans ait: *Nolite iudicare, et non iudicabimini* (Luc. VI). Et Apostolus: *Nolite, inquit, ante tempus iudicare, quoadusque veniat qui illuminabit abscondita tenebrarum et manifestabit consilia cordium* (I Cor. IV); ac si aperte dicat: *Illi committite in talibus iudicium, qui solus omnia novit atque ipsarum quoque discretor est cogitationum, juxta quod et de occultis ejus mysteriis typice super agno paschali scriptum est*: Si quid residuum fuerit, igni comburatur (Exod. X), hoc est, si quid est divinatorum mysteriorum, quod intelligere non valeamus, spiritui, per quem scripta sunt, docenda potius reservamus, quam temere definiamus.

[1340D] Illud quoque diligenter attendi convenit, ne, dum aliqua nobis ex dictis sanctorum obijciuntur, tanquam [1341A] sint opposita vel a veritate aliena, falsa tituli inscriptione vel scripturae ipsius corruptione fallamur. Pleraque enim apocrypha ex sanctorum nominibus, ut auctoritatem haberent, intitulata sunt; et nonnulla, in ipsis etiam divinatorum Testamentorum scriptis, scriptorum vitio corrupta sunt. Unde fidelissimus scriptor et veracissimus interpret Hieronymus, ad Laetam de institutione filiae scribens, nos praemonuit dicens (Maur. IV, 569): *Caveat omnia apocrypha; et si quando ea non ad dogmatum veritatem, sed ad signorum reverentiam legere voluerit, sciat non eorum esse quorum titulis praenotantur, et grandis esse prudentiae aurum in luto quaerere. Idem super LXXVII psalmum, de inscriptione tituli ejus, qui est hujusmodi, «intellectus [1341B] Asaph,» ait sic: Scriptum est secundum Matthaum: Cum locutus fuisset Dominus in parabolis et illi non intelligerent, etc.; haec, inquit, facta sunt, ut adimpleretur quod scriptum est per Isaiam prophetam: *Aperiam in parabolis os meum. Evangelia usque hodie ita habent. Hoc**

Isaias non loquitur, sed Asaph. Item ergo simpliciter dicamus quomodo scriptum est in Matthaeo et Joanne, quod Dominus hora sexta crucifixus sit, in Marco quidem hora tertia; error scriptorum fuit, et in Marco hora sexta scriptum fuit; sed multi pro episimo Graeco putaverunt esse gamma, sicut ibi error fuit scriptorum, ut pro Asaph Isaiam scriberent. Scimus enim quod plurima ecclesia de imperitis congregata fuit gentilibus. Cum ergo legerent in Evangelio: [1341C] Ut impleretur quod scriptum est in Asaph propheta, ille qui primus scribebat Evangelium coepit dicere: Quis est iste Asaph propheta? Non erat notus in populo. Et quid fecit? ut errorem emendaret, fecit errorem. Dicamus aliquid simile in alio loco secundum Matthaeum (XXVII, 9): Retulit, inquit, triginta argenteos pretium appetiati, sicut scriptum est in Jeremia propheta. In Jeremia hoc penitus invenire non possumus, sed in Zacharia; videtis ergo quod hic error fuit sicut ibi. Quid itaque mirum, si in Evangelii quoque nonnulla per ignorantiam scriptorum corrupta fuerint, ita et in scriptis posteriorum Patrum, qui longe minoris sunt auctoritatis, nonnunquam eveniat? Si itaque aliquid a veritate [1341D] absolum in scriptis sanctorum forte videatur, pium est et humilitati congruum atque charitati debitum, quae omnia credit, omnia sperat, omnia suffert, nec facile vitia eorum quos amplectitur suspicatur, ut aut eum Scripturae locum non fideliter interpretatum aut corruptum esse credamus, aut nos eum non intelligere profiteamur.

Nec illud minus attendendum esse arbitror, utrum talia sint ea quae de scriptis sanctorum proferuntur, quae vel ab ipsis alibi retractata sint et, cognita postmodo veritate, correctae, sicut in plerisque beatus egerit Augustinus; aut magis secundum aliorum opinionem quam secundum propriam dixerint [1342A] sententiam, sicut in plerisque Ecclesiastes dissonas diversorum inducit sententias, imo et tumultuatur interpretatur, beato in quarto dialogorum attestante Gregorio; aut sub quaestione potius reliquerunt ea inquirentes quam certa definitione terminarent, sicut praedictus venerabilis doctor Augustinus in editione Super Genesim ad litteram se fecisse perhibet, ita de hoc opere in primo Retractionum suarum commemorans (Maur. I, 28), in quo opere, inquit, plura quaesita quam inventa sunt, et eorum quae inventa sunt, pauciora firmata, caetera vero ita posita velut adhuc requirenda sint. Beato quoque attestante Hieronymo, novimus morem catholicorum doctorum hunc fuisse, ut in commentariis suis nonnullas etiam haereticorum pessimas opiniones suis [1342B] insererent sententiis, dum, perfectioni studentes, nulla antiquorum praeteriisse gauderent. Unde rescribens ad beatum Augustinum, cum ab eo super expositionem cujusdam loci Epistolae Pauli ad Galatas pulsaretur, ait (IV, 618): Quaeris cur dixerim in commentariis Epistolae Pauli ad Galatas, Paulum id in Petro non potuisse reprehendere quod ipse fecerat. Et asseris simulationem apostolicam non fuisse dispensatoriam, sed veram, et me non debere docere mendacium. Respondendo debere praeferentiam tuam praefatiunculae commentariorum meorum meminisse, quod, imbecillitatem virium mearum sentiens, Origenis commentarios non secutus. Scripsit enim ille vir in Epistolam Pauli ad Galatas volumina; praetermitto Didymum videntem meum et Apollinarem [1342C] Laodicenum de ecclesia nuper egressum et Alexandrum veterem haereticum, qui et ipsi nonnullos super hac re commentarios reliquerunt. Legi haec omnia, et in mentem meam plurima coacervans, accito notario, vel mea vel aliena dictavi. Item: Eruditionis tuae fuerat quaerere, utrum ea quae scripsimus haberentur in Graecis; ut, si illi non dixissent, tunc meam proprie sententiam condemnare, praesertim cum libens in praefatione confessus sim Origenis commentarios me esse secutum, et vel mea vel aliena dictasse, ut lectoris arbitrio derelinquerem, utrum probanda essent an improbanda. Sic et beatum Hilarium et nonnullos sanctos multa ex ipsius Origenis vel aliorum errantium scriptis interseruisse [1342D] sententiis non ambigimus, opinionem nobis aliorum potius praesentantes quam sententiam proferentes: quod tamen non tam per ipsos nobis quam per alios postmodo innotuit. Unde et praedictus doctor Hieronymus ad Vigilantium presbyterum, cum se excusaret, quod Origenis dicta nonnunquam vel poneret vel transferret, Si hoc, inquit, crimen est, arguatur confessor Hilarius, qui psalmsorum interpretationem et homelias in Job ex libris ejus transtulit (IV, 276). Ubi quidem cum nonnulla reperiremus a veritate dissona vel aliorum sanctorum scriptis contraria, Origeni potius quam Hilario sunt imputanda, licet ipse hoc Hilarius non distinguat, [1343A] quale est illud statim, quod primum psalmum de capite [Christo] non esse intelligendum astruere nititur, sed generaliter de quolibet alio justo esse accipiendum. Quod et ipse Hieronymus in quadam expositione quorundam psalmorum, Origenem similiter prosecutus, posuit. Ipsum quoque fortasse Origenem, ipso attestante, non ambigendum est nonnulla magnis erroribus implicita juxta opinionem aliorum protulisse. Unde et Hieronymus ad Avitum scribendo presbyterum, multiplices colligens errores, quos Origenes in libris suis peri arcon posuit, de ipso ita locutus est Origenes: Post tam nefandam disputationem, qua lectoris animum vulneravit, haec, inquit, juxta nostram sententiam non sunt dogmata, sed quaesita tantum atque projecta, ne [1343B] penitus intacta viderentur (IV, 763). Sic et ipse supra Hieronymus dixit sua vel aliena saepe dictasse, ut lectoris arbitrio derelinqueret, utrum probanda essent an improbanda. Beatus quoque Augustinus, pleraque ex operibus suis retractando ac corrigendo, multa se ibi ex opinione

magis aliorum quam ex propria posuisse sententia proficitur. Nonnulla etiam in Evangelio juxta opinionem hominum magis quam secundum veritatem rerum dici videntur; veluti cum Joseph pater Christi a matre quoque ipsius Domini juxta opinionem et morem vulgi appellatur, ita quidem dicente: Ego et pater tuus dolentes querebamus te (Luc. II). Et juxta quod aspectu percipitur, modo coelum stellatum dicimus, modo non; modo solem calidum, modo vero minime, [1343C] vel modo lunam plus vel minus lucere, modo etiam penitus non lucere, cum tamen aequaliter haec semper in perpetuum maneant, quae non nobis aequaliter semper apparent. Et Apostolus, in plerisque dicta derogantium sibi secutus, aliter de se ipso quam sentiat esse, non veretur profiteri; quale est illud: Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo (I Cor. IV, 10). Idem etiam Apostolus Melchisedech sine patre et matre et sine genealogia dicit, nec initium dierum aut finem habere; quia hoc scilicet nostram notitiam latet, quod Scriptura non docet, non quod ita rei veritas sese habeat. Samuel quoque in phantasmate apparuisse Pythonissae dicitur, non tam secundum veritatem [1343D] quam secundum rei similitudinem, quae intuentibus falsam gignebat opinionem. Ut enim beatus meminit Augustinus, phantasma illud Samuel appellatum est, quia similitudinem Samuelis exhibebat, sicut et aliquis in somnis se Romam vidisse dicit, quia similitudinem ejus mente concepit.

Poeticae quoque seu philosophicae scripturae pleraque ita juxta opinionem loquuntur, quasi in veritate consistant, quae tamen a veritate penitus discrepare liquet. Unde est illud Ovidianum (Art. am. I, 350).

Fertilior seges est alienis semper in agris,

Vicinumque pecus grandius uber habet.

[1344A] Boethius quoque in quarto topicorum accidens et substantiam duo prima rerum genera cum dixerit, ad opinionem potius quam ad veritatem aspexit. Quod vero philosophi quoque pleraque juxta opinionem aliorum magis quam juxta suam proferebant sententiam, Tullius, lib. II De officiis his verbis manifeste proficitur: Justitia cum sine prudentia satis habeat auctoritatis, prudentia sine justitia nihil valet ad faciendam fidem. Quo enim quisque versutior et callidior, hoc invidiosior et suspensor, detracta opinio ne probitatis. Quamobrem intelligentiae justitia conjuncta quantum volet habebit ad faciendam fidem virium. Justitia sine prudentia multum poterit; sine justitia nil valebit prudentia. Sed ne quis sit admiratus, cur, quod inter omnes philosophos [1344B] constat a meque ipso disputatum saepe sit, qui unam habet omnes habere virtutes, nunc ita sejungam, quasi possit quisquam, cum non idem prudens sit, justus esse: alia est illa cum veritas ipsa limatur in disputatione, alia cum ad omnes accommodatur oratio. Quamobrem, ut vulgus, ita nos loquimur, ut alios fortes, alios bonos viros, alios prudentes esse dicamus; popularibus enim verbis est agendum et usitatis cum loquimur. Quotidiani denique sermonis usus est juxta iudicium corporalium sensuum pleraque dici aliter, quam in re consistat. Cum enim nullus in toto mundo vacuum omnino sit locus, qui non vel aere vel aliquo corpore repleatur, vacuum tamen prorsus arcam esse dicimus, in qua nihil esse visu percipimus. Qui res juxta oculorum [1344C] aspectus iudicat, modo coelum stellatum dicit, modo non, et modo solem calidum, modo vero minime, vel modo lunam plus vel minus lucere, modo etiam penitus non lucere, cum tamen aequaliter haec semper in re permaneant, quae non nobis aequaliter semper apparent. Quid itaque mirum, si a sanctis quoque Patribus nonnulla ex opinione magis quam ex veritate nonnunquam prolata sint aut etiam scripta? Diligenter et illud discutiendum est, cum de eodem diversa dicuntur, quid ad praecepti coarctationem, quid ad indulgentiae remissionem vel ad perfectionis exhortationem intendatur, ut secundum intentionum diversitatem adversitatis quaeramus remedium; si vero praeceptio est, utrum generalis [1344D] an particularis, id est an ad omnes communiter an ad aliquos specialiter directa. Distinguenda quoque tempora sunt et dispensationum causae, quia saepe quod uno tempore est concessum, alio tempore reperitur prohibitum; et quod ad rigorem saepius praecipitur, ex dispensatione nonnunquam temperatur. Haec autem in institutionibus ecclesiasticorum decretorum vel canonum distingui maxime necesse est. Facilis autem plerumque controversiarum solutio reperietur, si eadem verba in diversis significationibus a diversis auctoribus posita defendere poterimus.

His omnibus praedictis modis solvere controversias [1345A] in scriptis sanctorum diligens lector attentabit. Quod si forte adeo manifesta sit controversia, ut nulla possit absolvi ratione, conferendae sunt auctoritates, et quae potioris est testimonii et majoris confirmationis, potissimum retinenda. Unde illud est Isidori ad Massionem episcopum: In fine autem epistolae hoc adducendum putavi, ut quotiescunque in gestis conciliorum discors sententia invenitur, illius teneatur magis sententia, cujus antiquior aut potior extat auctoritas. Constat vero et prophetas ipsos quandoque prophetiae gratia caruisse, et nonnulla ex usu prophetandi, cum se spiritum prophetiae habere crederent, per spiritum suum falsa protulisse; et hoc eis ad humilitatis custodiam permissum esse, ut sic videlicet verius cognoscerent, [1345B] quales per spiritum Dei, et quales per suum existerent, et se eum qui mentiri vel falli nescit ex dono habere, cum haberent. Qui etiam, cum habetur, sicut non omnia uni confert dona, ita nec de omnibus mentem ejus quem replet, illuminat, sed modo hoc, modo illud revelat, et cum unum aperit, alterum occultat. Quod quidem

beatus Gregorius in prima super Ezechielem homilia, manifestis declarat exemplis, ipsum etiam apostolorum principem, qui tot divinae gratiae donis et miraculis coruscabat, post illam quoque specialem a Domino promissam sancti Spiritus effusionem, qui ejus discipulos omnem docet veritatem, lapsum in errorem de circumcissionis adhuc et quorundam antiquorum rituum observantia, cum a coapostolo [1345C] suo Paulo graviter atque salubriter publice correctus esset, a perniciose simulatione desistere non puduit. Quid itaque mirum, cum ipsos etiam prophetas et apostolos ab errore non penitus fuisse constet alienos, si in tam multiplici sanctorum Patrum scriptura nonnulla propter supra positam causam erronee prolata atque scripta videantur? Sed nec tanquam mendacii reos argui sanctos convenit, si nonnulla quandoque aliter quam se rei veritas habeat, arbitantes, non per duplicitatem, sed per ignorantiam dicant; nec praesumptioni vel peccato imputandum est, quidquid ex charitate ad aliquam aedificationem dicitur, cum apud Dominum omnia discuti juxta intentionem constet, sicut scriptum [1345D] est: Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit (Matth., VI). Unde et illud est beati Augustini de ecclesiastica disciplina tractantis: Habe, inquit, charitatem, et fac quod vis. Item super Epistolam Joannis: Qui non habet charitatem, non est ex Deo; quidquid vis, habe; hoc solum nisi habeas, nihil tibi prodest; alia si non habeas, hoc habe, et implesti legem. Item: Semel ergo breve praeceptum tibi praecipitur: dilige, et quod vis fac. Item, De doctrina Christiana, libro primo (Maur. III, p. I, p. 17): Quisquis, inquit, divinas Scripturas vel quamlibet earum partem intellexisse sibi videtur, ita ut eo intellectu non aedificet istam geminam charitatem [1346A] Dei et proximi, nondum intellexit. Quisquis vero talem inde sententiam dixerit, ut huic aedificandae charitati sit utilis, nec tamen hoc dixerit, quod ille quem legit eo loco sensisse probatur, non perniciose fallitur, nec omnino mentitur. Inest quippe in mentiente voluntas falsa dicendi. Idem contra mendacium (IV, 464): Mendacium est falsa significatio vocis cum voluntate fallendi. Idem in Enchiridio (VI, 202), cap. 23: Nemo sane mentiens judicandus est, qui dicit falsum, quod putat verum; quoniam, quantum in ipso est, non fallit ipse, sed fallitur. Non itaque mendacii, sed aliquando temeritatis arguendus est qui falsa incautius credita pro veris habet. Potius e contrario ille mentitur, qui dixit verum, quod putat falsum, quantum enim ad animum ejus [1346B] attinet, quia non quod sentit, hoc dicit; non verum dicit, quamvis verum inveniatur esse quod dicit, nec ullo modo liber est a mendacio qui ore nesciens verum loquitur, sciens autem voluntate mentitur. Item: Omnis qui mentitur, contra id quod animo sentit loquitur voluntate fallendi. Idem super Evangelia, lib. I (VI, 461): Jacob autem quod matre fecit auctore, ut patrem fallere videretur, si diligenter attendatur, non est mendacium, sed mysterium. Verax enim significatio nullo modo mendacium recte potest dici. Mendacium quippe hoc loco spiritualis doctor non nisi peccatum accipit, quod magis juxta intentionem loquentis quam secundum qualitatem locutionis. Dominus, qui cordis et renum probator est, pensat, non tam ea quae fiunt quam quo animo fiunt [1346C] attendens. A quo quidem immunis est, quisquis prout existimat sincere ac non fraudulenter neque per duplicitatem loquitur, juxta quod sequitur et scriptum est: Qui ambulat simpliciter, ambulat confidenter (Prov. X). Alioquin et apostolus Paulus mendacii arguendus esset, qui existimationem suam magis quam veritatem rei secutus, scribens ad Romanos (XV, 28), ait: Hoc igitur cum consummavero, et assignavero eis fructum hunc, proficiscar per vos in Hispaniam. Aliud itaque est mentiri, aliud itaque est errare loquentem, et a veritate in verbis per errorem, non per malitiam, recedere. Quod si forte etiam sanctis ipsis, ut diximus, accidere Deus permittat, in his quidem, qui nullum fidei detrimentum [1346D] habent, nec id etiam illis infructuose accidit, quibus omnia cooperantur in bonum; hoc et ipsi ecclesiastici doctores diligenter attendentes et nonnulla in suis operibus corrigenda esse credentes, posteris suis emendandi vel non sequendi licentiam concesserunt, si qua illis retractare et corrigere non licuit. Unde et supra nominatus doctor Augustinus Retractionum libro: Scriptum est, inquit, ex multiloquio non effugies peccatum (Prov. X, 19). Item apostolus Jacobus (I, 19): Sit, inquit, omnis homo velox ad audiendum, tardus ad loquendum. Item: In multis enim offendimus omnes. Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir (Jac. [1347A] III, 2). Ego mihi hanc perfectionem nec nunc arrogo, cum sim senex; quanto minus cum juvenis coepi scribere? Idem in prologo lib. III De Trinitate: Noli meis litteris quasi Scripturis canonicis inservire; sed in illis, quod non credebas, cum inveniris, constanter crede. In istis autem, quod certum non habebas, nisi certum intellexeris, noli firmiter retinere. Idem ad Vincentium Victorem, libro II. (Maur. I, 2): Negare non possum nec debeo, sicut in ipsis moribus, ita multa esse in tam multis opusculis meis, quae possunt justo iudicio et nulla temeritate culpari. Item, in epistola ad Vincentium Victorem: Noli, frater, contra divina tam clara testimonia colligere velle calumnias ex episcoporum scriptis, sive nostrorum, sive Hilarii, sive Cypriani et Agrippini; quia hoc genus [1347B] litterarum ab auctoritate canonis distinguendum est. Non enim sic leguntur, tanquam ita ex eis testimonium proferatur, ut contra sentire non liceat, sicubi forte aliter saeperint quam veritas postulat. Idem ad Fortunatianum: Neque quorumlibet disputationes, quamvis catholicorum et laudatorum hominum velut Scripturas canonicas habere debemus, ut nobis non liceat, salva

honorificentia, quae illis debetur hominibus, aliquid in eorum scriptis improbare atque respuere, si forte invenerimus, quod aliter senserunt quam veritas habet. Talis ego sum in scriptis aliorum, quales volo esse lectores meos in meis. Idem contra Faustum, lib. I, cap. 11 (VIII, 222): Paulum aliquando errasse et proficiendo mutasse sententiam, absit ut dicamus! De his enim libris dici potest [1347C] aliquid eos habere non consonum, qui non praeciipiendi auctoritate, sed proficiendi exercitatione scribuntur a nobis. Item: Nos eorum sumus quibus idem dicit Apostolus: Et si quid aliter sapitis, id quoque vobis Deus revelabit. Quod genus litterarum non cum credendi necessitate, sed cum iudicandi libertate legendum est.

Cui tamen ne intercluderetur locus, et adimeretur posteris ad quaestiones difficiles tractandas atque versandas linguae et styli saluberrimus labor, distincta est a posteriorum libris excellentia canonicae auctoritatis Veteris et Novi Testamenti. Ibi si quid veluti absurdum moverit, non licet dicere: Auctor hujus libri non tenuit veritatem; sed aut codex [1347D] mendosus est, aut interpret erravit, aut tu non intelligis. In opusculis autem posteriorum quae libris innumerabilibus continentur, si qua forte propterea putantur a vero dissentire, quia non ut dicta sunt intelliguntur, tamen liberum habet ibi lector auditorve iudicium, quod vel approbet quod placuerit, vel improbet quod offenderit, et ideo cuncta hujusmodi, nisi vel certa ratione vel illa canonica auctoritate defendatur, ut demonstretur sive omnino ita esse sive fieri potuisse, quod vel ibi disputatum est vel narratum est; si cui displicuerit, aut credere noluerit, non reprehenditur. Scripturas itaque canonicas Veteris et Novi Testamenti [1348A] dicit instrumenta, in quibus a veritate aliquid dissentire haereticum est profiteri. De quibus quidem Scripturis idem in epistola quarta ad Hieronymum ita meminit: In expositione quoque Epistolae Pauli apostoli ad Galatas invenimus quoddam quod nos multum mordet. Si enim ad Scripturas sanctas admissa fuerint vel officiosa mendacia, quid in eis remanebit auctoritatis? quae tandem de Scripturis illis sententia proferetur? cujus pondere contentiosa falsitatis obteterur improbitas? Idem ad eundem de eisdem Scripturis: Mihi videtur exitiosissima credi aliquid in sacris libris esse mendacium, id est eos homines, per quos nobis illa Scriptura ministrata est atque conscripta, aliquid in suis libris fuisse mentitos. Admisso enim semel in tantum auctoritatis [1348B] fastigium officioso mendacio aliquo, nulla illorum librorum particula remanebit, quae non, ut cuique videbitur, vel ad mores difficilis vel ad fidem incredibilis, eadem perniciosissima ad mentis auctoris consilium officiumque referatur. Beatus quoque Hieronymus, cum inter ecclesiasticos doctores quosdam caeteris anteferet, ita nobis legendos esse consulit, ut eos magis dijudicemus quam sequamur. Unde est illud ejus consilium ad Laetam de institutione filiae: Cypriani, inquit, opuscula semper in manu teneat; Athanasii opuscula et Hilarii librum inoffenso currat pede; illorum tractibus, illorum ingeniis delectetur, in quorum libris pietas fidei non vacillat; caeteros, sic legat ut magis dijudicet [1348C] quam sequatur. Idem in psalmo LXXXI, quasi auctoritatem his omnibus penitus auferens, ait: Dominus narrabit in scriptura populorum et principum horum qui fuerunt in ea. Non dixit, qui sunt in ea, sed qui fuerunt. Populorum non sufficit, sed etiam principum dicit; et quorum principum? Qui fuerunt. Videte ergo quomodo Scriptura sancta sacramentis plena est. Legimus Apostolum dicentem: An experimentum ejus quaeritis qui in me loquitur Christus? (II Cor. XIII.) Quod Paulus loquitur, Christus loquitur (qui enim vos recipit, me recipit [Luc. IX]) in scripturis principum, in scriptura populorum, quae est scripta populis omnibus. Videte quid dicat: qui fuerunt, non qui sunt, ut, exceptis apostolis, quodcumque aliud postea dicatur, abscindatur, non habeat postea [1348D] auctoritatem. Quamvis ergo sanctus sit aliquis post apostolos, quamvis disertus sit, non habeat auctoritatem. Hieronymus ad Vigilantium: Quisquis multorum tractatorum opuscula legit, debet esse sicut probatus nummularius, ut si quis nummus adulterinus est et figuram Caesaris non habet nec signatus moneta publica, reprobetur; qui autem Christi faciem claro praefert lumine, in cordis marsupio recondatur. Non enim praedjudicata doctoris opinio, sed doctrinae ratio ponderanda est, sicut scriptum est: Omnia probate; quod bonum est tenete (II Thess. V). Hoc tamen de commentatoribus dictum est, non de canonicis Scripturis, quibus indubitata fidem convenit [1349A] adhibere. Idem ad Paulinum de sanctis doctoribus, in ea: Bonus homo de bono cordis thesauro (Matth. XII): Taceo de caeteris vel defunctis vel adhuc viventibus, super quibus in utramque partem post nos iudicabunt alii.

His autem praelibatis, placet, ut instituiamus, diversa sanctorum Patrum dicta colligere, quando nostrae occurrerit memoriae, aliqua ex dissonantia, quam habere videntur, quaestionem contrahentia, quae teneros lectores ad maximum inquirendae veritatis exercitium provocent et acutiores ex inquisitione reddant. Haec quippe prima sapientiae clavis definitur, assidua scilicet seu frequens interrogatio; ad quam quidem toto desiderio arripiendam philosophus ille omnium perspicacissimus [1349B] Aristoteles in praedicamento ad aliquid studiosos adhortatur, dicens: Fortasse autem difficile est de hujusmodi rebus confidenter declarare, nisi pertractatae sint saepe. Dubitare autem de singulis non erit inutile. Dubitando enim ad inquisitionem venimus; inquirendo veritatem percipimus; juxta quod et Veritas ipsa: Quaerite, inquit, et invenietis, pulsate et aperietur vobis (Matth. VII). Quae nos etiam proprio exemplo moraliter instruens, circa duodecimum aetatis suae annum sedens et interrogans in medio doctorum inveniri voluit, potius

discipuli nobis formam per interrogationem exhibens, quam magistri per praedicationem, cum sit tamen in ipsa Dei plena ac perfecta sapientia. Cum autem aliqua Scripturarum inducuntur dicta, tanto amplius lectorem [1349C] excitant et ad inquirendam veritatem alliciunt, quanto magis Scripturae ipsius commendatur auctoritas. Unde placuit nobis huic operi nostro, quod ex sanctorum dictis compilavimus in unum volumen congregatis, decretum illud Gelasii papae de authenticis libris praescribere, quo videlicet sciatur nihil nos hic ex apocryphis induxisse. Excerpta etiam Retractationum beati Augustini adjunximus, ex quibus appareat nihil hic ex his, quae ipse retractando correxerit, positum esse. EXPLICIT PROLOGUS.